

REVISTA BIBLIOGRAFICA.

M A Y O .

Durante este mes han ingresado a la Biblioteca Nacional las siguientes publicaciones chilenas:

SANTIAGO.

Compendio de Historia de América i de Chile, por Estéban Muñoz Donoso.—1 vol. en 8.º de 488 pájs.—Imprenta del Correo.

Antecedentes relativos al recurso de proteccion entablado contra la sentencia de la Corte Suprema, que declara que los abogados están obligados a servir el cargo de agente fiscal.—1 vol. en 4.º de 38 pájs.—Imprenta Nacional.

Sesiones extraordinarias de la Cámara de Senadores en 1874.—Núm. 2.—1 vol. en folio de 196 pájs.—Imprenta Nacional.

Sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados en 1874.—Núm. 2.—1 vol. en folio de 473 pájs.—Imprenta Nacional.

Catálogo del Museo Histórico del Santa Lucía.—1 vol. en 4.º de 32 pájs.—Imprenta de La República.

El último día de Polonia, drama histórico orijinal en cuatro actos i ocho cuadros, por Ruperto Marchant Pereira.—1 vol. en 4.º de 53 pájs.—Imprenta de La Estrella de Chile.

VALPARAISO.

Sociedad de Instruccion Primaria de Santiago.—Memoria leida en la sesion jeneral del 12 de julio de 1874.—1 vol. en 4.º de 10 pájs.—Imprenta Colon.

Quevedo.—Novela histórica, por Francisco J. Orellana.—2.ª parte.—Entregas 41, 42, 43 i 44, desde la páj. 217 hasta la 312, en 8.º.—Imprenta de La Patria.

Los misterios del confesonario, novela, por Martin Palma.—Tomo II.—Entrega 24 en 4.º.—Imprenta de El Mercurio.

Cuarta compañía de bomberos.—Bombas "Valparaiso i Blanco Encalada."—Memoria de los trabajos de la compañía durante los años 1871 a 1874.—1 vol en 4.º de 30 pájs.—Imprenta de La Patria.

Reglamento de la tercera compañía de bomberos de Valparaiso.—1 vol. en 4.º de 24 pájs.—Imprenta de La Patria.

CHILLAN.

Miscelánea: algo en prosa i verso, por Alejandro González P.—1 vol. en 8.º de 160 pájs.—Imprenta de La Discusion.

LA SOLEDAD.

Beatus ille qui procul negotiis...

HORACIO.

Vámonos, Lidia, huyendo
Del mundanal bullicio:
Busquemos el silencio
I ansiemos el olvido.

¿Qué a nosotros el fausto
De que se engríe el rico?
¿Qué los banquetes rejios?
¿Qué el espumoso vino?

Dénos su fresca sombra
El alegre arbolillo,
I sus murmullos dulces
El apacible rio;

Dénos sus luces Febo
I la luna su brillo;
Dénos su brisa el campo
I el viento sus jemidos;

I nada mas ansiemos:
Un corazon tranquilo,
Una conciencia limpia
I un provechoso libro.

Venga de cuando en cuando
Algún sincero amigo
I un manjar deseado,
Tambien venga el Domingo.

I así pasar miremos
Las flores del estío,
Las tristezas de otoño
I el cruel invierno fríjido.

Así alegres veremos
Manso correr el rio
De los fugaces años
Al soplo del olvido!

Santiago, 20 de Julio de 1873.

ENRIQUE NERCASSEAU MORAN.

EL NEGRO FALUCHO.

(HÉROE AMERICANO.)

I.

¡Cuánta acción heroica ha quedado envuelta entre el humo de los combates! Muchos héroes desconocidos han rendido su vida, “sin pensar siquiera en legarnos sus nombres,” según la expresión del poeta. Multitud de hechos magnánimos i jenerosos yacen sepultados bajo el polvo del olvido, sin que la jeneración presente se cuide de sacudirlo, para que aparezcan en todo su esplendor las nobles figuras de nuestros soldados ilustres.

La relijion de la gloria no tiene todavía un culto entre nosotros.

¡Cuántos sacrificios sublimes, cuántos mártires modestos i cuántos héroes anónimos, de esos que hacen honor a la humanidad i constituyen la gloria mas excelsa de un pueblo, cuenta nuestra historia militar! I sin embargo, aun está por levantarse el altar donde debia rendírseles el tributo de admiracion o de gratitud a que se han hecho acreedores!

El episodio histórico que vamos a narrar, uno de los mas interesantes i sublimes de la guerra de la independencia, es un comprobante de las melancólicas reflexiones que anteceden.

Hace hoi mas de treinta i tres años que un soldado oscuro de Buenos Aires sacrificó su vida como un soldado de Leonidas, por no presentar sus armas a la bandera española.

Hace mas de treinta i tres años que un puñado de jefes i oficiales de nuestro ejército, sorteó su vida con un estoicismo heroico, digno de los mejores tiempos de la Atenas de Sócrates.

Hace mas de treinta i tres años que dos ilustres mártires argentinos, nuevos Curcios romanos, se sacrificaron con valerosa abnegacion por salvar la vida de sus compañeros de armas, como víctimas propiciatorias de la libertad americana.

¡Recientemente hace hoi cuatro años que una parte de esos hechos ha sido recordada, i para mengua de la gratitud arjentina, la patria de aquellos héroes aun no conoce ni sus nombres! Sin embargo, esos nombres merecen ser inscritos en letra de oro en el gran monumento que la posteridad reconocida consagrará a las glorias nacionales!

La sublevacion del Callao i la suerte de los oficiales que quedaron prisioneros a consecuencia de este suceso, forman el fondo de este episodio de los tiempos heróicos de la Republica Argentina, en que hasta los simples soldados eran héroes. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!

El coronel don Juan Espinosa, natural de Montevideo i hoi al servicio del Perú, ha sido el primero que ha consagrado un recuerdo tardío en una obra publicada en 1852, que lleva por título *La herencia española de los Americanos*. La relacion del coronel Espinosa, aunque llena de interes i escrita con animacion, es incompleta i adolece de inexactitudes. Nosotros, reuniendo los recuerdos de los mismos actores del drama sangriento que vamos a historiar, hemos podido salvar en toda su integridad una de las mas bellas pájinas de nuestra historia militar, que podria figurar sin mengua entre los grandes hechos de los héroes de Plutarco.

II.

En la noche del 4 al 5 de febrero (1) de 1824 se sublevó la guarnicion patriótica de los castillos del Callao de Lima arrebatados a la dominacion española por las combinaciones estratéjicas del jenio militar de San Martin.

La guarnicion se componia en su mayor parte de las reliquias del memorable ejército de los Andes, libertador de Chile i del Perú. El rejimiento del Rio de la Plata, los batallones 2.º i 5.º de Buenos Aires, los artilleros de Chile, i dos escuadrones del célebre rejimiento de granaderos a caballo que se reunieron mas tarde (el 14) a los sublevados, fueron las tropas que, despues de haber combatido por la independencia americana, rindieron el primer baluarte del Perú a sus mas encarnizados enemigos, oscureciendo con este hecho sus antiguas glorias.

Se han dado distintas explicaciones, sobre esta sublevacion.

La version mas acreditada es la que atribuye el motin a la falta de pago, en mas de cinco meses, lo que es un hecho positivo, (2) a lo que se agrega que en el dia anterior de la sublevacion habian sido abonados de sus sueldos los jefes i oficiales, sin que se acordasen de la tropa. Parece en efecto que esta fué la causa inmediata que determinó el movimiento, pero es indudable que él tenia raices mas profundas, pues a haber estado ani-

(1) Espinosa dice que este suceso tuvo lugar el 15 febrero, pero consta la fecha que damos de documentos auténticos, cuales son las notas de Casarigo, jefe de la sublevacion, a Canterac, la del comandante español don Isidro Alaix al brigadier Rodil, al tiempo de recibirse del Callao, i el manifiesto de Torretagle, presidente a la sazón del Perú.

(2) Manifiesto del jeneral Martinez.

mada la tropa de mejor espíritu, tal escándalo no habria tenido lugar. Así lo reconocen en cierto modo los mismos jefes españoles, que tuvieron ocasion de penetrar en el fondo del pensamiento que presidió a la conspiracion. El jeneral García Camba, a quien mas adelante veremos figurar en este drama de una manera sombría, dice al relatar el hecho:—"Bien fuese efecto del vivo deseo de regresar a Buenos Aires i a Chile, de donde procedia la guarnicion del Callao, bien disgusto por el atraso que experimentaban en el pago de sus haberes, o bien, en fin, repugnancia de embarcarse para la costa del norte a disposicion de Bolívar, cuyas voces corrian, celosas al mismo tiempo de las preferentes atenciones que se llevaban las tropas colombianas, lo cierto es que en la noche del 4 al 5 de febrero se sublevó la guarnicion del Callao." (3)

En honor de los antiguos veteranos que cometieron este crimen, debemos creer que influyeron mui poderosamente en su resolucion los recuerdos de la patria lejana i el deseo de volverla a ver, despues de tan largos i fatigosos años de campaña. Debe tambien contarse por algo el orgullo militar ajado en las tropas que, despues de haber sido la intrépida cabeza de columna de la revolucion, se veian colocadas a su retaguardia, huérfanos del vencedor de Chacabuco i Maipo, i sometidos a Bolívar, su feliz rival. Si esto no disculpa el hecho en sí, sirve por lo ménos para atenuarlo, i sobre todo para explicarlo, i demostrar que la falta de paga fué mas bien un accidente inmediato que determinó la sublevacion. Mas adelante se verá que esa sublevacion no tuvo en su oriijen un carácter político, i que otro accidente le imprimió el carácter i la direccion que definitivamente asumió.

III.

Operada la sublevacion, aparecieron a la cabeza de ella los sarjentos Moyano i Oliva, ámbos pertenecientes al rejimiento del Rio de la Plata, el cual sirvió de base al motin. Estos dos sarjentos eran naturales, uno de Mendoza i otro de Buenos Aires, habian hecho todas las campañas del ejército de los Andes, distinguiéndose ámbos por su valor mas que por su intelijencia.

El jeneral don Rudecindo Alvarado era en aquella ocasion gobernador del Callao. El primer paso de los sublevados fué apoderarse de la persona del gobernador i la de todos los jefes i oficiales de la guarnicion, quienes fueron puestos presos, quedando aquéllos dueños absolutos de la plaza.

Obtenido el triunfo, los amotinados no acertaban a dictar ninguna medida, ni a dar una direccion al movimiento. Una parte

(3) Memorias de las armas españolas en el Perú.

de la tropa arrastrada por sorpresa, i otra arrepentida talvez, volvía instintivamente los ojos hácia los jefes que por tantos años estaba acostumbrada a obedecer i a cuyas órdenes se habia batido siempre. La soldadesca, emancipada del freno saludable de la disciplina, se entregaba a cometer exesos, no bastando ya a contenerla la autoridad de los nuevos caudillos. El motin no tenia un objeto declarado que pudiese mantener unidos en un mismo pensamiento a 1500 soldados, mandados por dos sarjentos. En consecuencia, la reaccion debia tardar lo que tardase en brillar la aurora del nuevo dia.

Moyano, que como mas audaz habia asumido el mando superior, se encontraba desmoralizado en medio de su triunfo: veia desorganizarse los elementos que habia desencadenado i tenia delante de sí en perspectiva el cadalso. Oliva, ménos arrojado que Moyano, pero mas sagaz que él, tuvo en aquel momento supremo una inspiracion funesta, que decidió de la suerte del Callao.

Hallábase entre los prisioneros españoles encerrados en las Casas Matas del castillo el coronel don José María Casariego, hombre de carácter firme i de gran presencia de espíritu en los momentos críticos. Habíale conocido en Chile el sarjento Oliva, i persuadió a Moyano que se dirijiesen a él para que los aconsejase en aquella difícil circunstancia.

Moyano acojió la idea, i ámbos se dirijieron en silencio a los retirados calabozos de las Casas Matas, donde descansaba el coronel Casariego, ajeno a la revolucion que se operaba en su destino. Luego que los dos sarjentos le informaron del objeto de su visita, comprendió todo el partido que podia sacarse de aquel suceso i de aquellos hombres, pero se guardó bien de manifestar su pensamiento. Se limitó a aconsejarles que trasladasen a los prisioneros españoles, de quienes nada tenian que temer, al cuartel de la Puerta del Socorro, que estaba en contacto con los amotinados, i que los reemplazasen en las Casas Matas con los jefes i oficiales independientes, aislándolos así de la tropa, i previniendo una reaccion. Moyano i Oliva acojieron con avidez el consejo, i ántes de amanecer el dia se hallaban todos los presos patriotas en las Casas Matas, bajo la custodia de Oliva, miéntras Moyano alimentaba el fuego de la sedicion, teniendo por coadjutor a Casariego.

La indisciplina i el desórden subió de punto como era natural, i esto, agregado a las maniobras, a las amenazas i a las promesas de los ajentes patriotas, no hizo sino aumentar la confianza de Moyano i de Oliva, que recién comprendian el alcance del paso que habian dado, i que se reconocian inferiores a la situacion violenta i falsa que habian creado. El astuto Casariego, que se habia insinuado ya con ellos respecto de la conveniencia de dar a la sublevacion un carácter reaccionario, i que los habia encontrado vacilantes, se aprovechó con habilidad de aquel momento. Pintó a Moyano i Oliva, con los mas negros colores, todo lo que

tenian que temer de los patriotas, despues del paso atrevido que habian dado, dibujándoles del modo mas halagüeno las recompensas que debian esperar del rei de España, si se atreviesen a levantar en los castillos el estandarte real. Valiéndose así de la esperanza i del temor, logró fijar a aquellos hombres en el mal camino, encendiendo en sus almas un súbito relámpago de ambicion i de grandeza, que debió ofuscarlos. Persuadidos que no tenian salvacion posible sino en el camino que se les abría, insinuaron artificiosamente en la tropa que este era el único medio de regresar a Buenos Aires i a Chile, que la aceptó la idea tal como se la presentaba, i desde ese momento, Casariego fué el árbitro de la situacion, i el rei de España dueño de la primer fortaleza de la América del Sur.

Los prisioneros españoles fueron puestos en libertad; Moyano se declaró jefe superior con el grado de coronel; Oliva fué nombrado teniente coronel: Casariego asociado al mando político i militar; se dió nueva forma a los cuerpos sublevados; se intercalaron en ellos los jefes i oficiales españoles; se hizo una promocion jeneral a oficiales entre los cabos i sarjentos revelados, i se ofició al jeneral Canterac poniendo a su dispocion las fortificaciones i la guarnicion del Callao.

Despues de muchos dias de negociaciones, que Casariego entretenia con astucia, i despues de contrarestar valerosamente los sublevados varios ataques por mar i tierra, oscilados entre el desórden i la esperanza del pronto auxilio del ejército español, llegó por fin éste el 29 de febrero al Callao, i tomó posesion de la plaza, confirmando en sus honores i empleos a los tres caudillos de los sublevados.

Moyano i Oliva han llegado a jenerales en España. ¡Casariego hace poco tiempo vivia de limosna en los conventos de Lima!

IV.

En la noche del 6 de febrero, subsiguiente a la sublevacion, hallábase de centinela en el torreón del real Felipe, un soldado negro del rejimiento del Rio de la Plata, conocido en el ejército de los Andes con el nombre de guerra de *Falucho*.

Era Falucho un soldado valiente, mui conocido por la exaltacion de su patriotismo, i sobre todo, por su entusiasmo por cuanto pertenecia a Buenos Aires. Como uno de tantos que se hallaban en igual caso, habia sido envuelto en la sublevacion, que hasta aquel momento no tenia mas carácter que el de un motin de cuartel.

Miéntras que aquel oscuro centinela velaba en el alto torreón del castillo, donde se elevaba el asta-bandera, en que hacía po-

cas horas flameaba el pabellon arjentino (4) Casariego decidía a los sublevados a enarbolar el estandarte español en la oscuridad de la noche, ántes que se arrepintiese de su resolucion.

Sacada la bandera española de la sala de armas donde se hallaba rendida i prisionera, fué llevada en triunfo hasta el baluarte de Casas Matas, de donde debia ser enarbolada primeramente, afirmándola con una salva jeneral de todos los castillos.

Faltaba poco para amanecer, i los primeros resplandores de la aurora iluminaban el horizonte.

En aquel momento se presentaron ante el negro Falucho los que debian enarbolar el estandarte, contra el que combatian despues de catorce años.

A su vista el noble soldado, comprendiendo su humillacion, se arrojó al suelo i se puso a llorar amargamente, prorrumpiendo en sollozos.

Los encargados de cumplir lo ordenado por Moyano, admirados de aquella manifestacion de dolor, que acaso interpretaron como un movimiento de entusiasmo, ordenaron a *Falucho* que presentase el arma al pabellon del rei que se iba a enarbolar.

—Yo no puedo hacer honores a la bandera contra la que he peleado siempre, contestó Falucho con melancólica enerjía, apoderándose nuevamente del fusil que habia dejado caer.

—¡Revolucionario! ¡Revolucionario! gritaron varios a un mismo tiempo.

—¡Malo es ser revolucionario, pero peor es ser traidor! exclamó Falucho con el laconismo de un héroe de la antigüedad; (5) i tomando su fusil por el cañon lo hizo pedazos contra el asta-bandera, entregándose nuevamente al mas acerbo dolor.

Los ejecutores de la traicion, apoderándose inmediatamente de Falucho, le intimaron que iba a morir, i haciéndole arrodillar en la muralla que daba frente al mar, cuatro tiradores le abocaron a quema-ropa sus armas al pecho i a la cabeza. Todo era silencio i las sombras flotantes de la noche aun no se habian disipado. En aquel momento brilló el fuego de cuatro fusiles, se oyó una sorda detonacion; resonó un grito de *¡Viva Buenos Aires!* i luego, entre una nube de humo se sintió el ruido sordo de un cuerpo que caia al suelo. Era el cuerpo ensangrentado de Falucho, que caia gritando *¡Viva Buenos Aires!* ¡Feliz el pueblo que tales sentimientos puede inspirar al corazon de un soldado tosco i oscuro!

Así murió Falucho, como un guerrero digno de la república de Esparta, enseñando cómo se muere por sus principios i cómo se protesta bajo el imperio de la fuerza. Para enarbolar la bandera española en los muros del Callao fué necesario pasar por

(4) Esta bandera se halla hoi en poder del jeneral don Enrique Martinez.

(5) Todos estos detalles i palabras, como las demas que se leerán, son rigurosamente históricos.

encima de su cadáver; se enarboló al fin, pero salpicada con su sangre jenerosa, i aun tremolando orgullosamente en lo alto del baluarte, el valiente grito de *¡Viva Buenos Aires!* fué la noble protesta del mártir contra la traicion de sus compañeros. Esa protesta fué sofocada por el estruendo de la artillería en todos los baluartes del Callao.

Falucho era nacido en Buenos Aires, i su nombre verdadero era Antonio Ruiz. ¡Pocos jenerales han hecho tanto por la gloria como ese humilde i oscuro soldado, que no tuvo un sepulcro, que no ha tenido una corona de laurel, i que recien hoi tiene un recuerdo en la historia de su patria!

El martirio de Falucho no fué estéril. Pocos dias despues, se sublevaron en la Tablada de Lurin (6) dos escuadrones del rejimiento de granaderos a caballo, i deponiendo a sus jefes i oficiales, marcharon a incorporarse a los sublevados del Callao. A la distancia vieron flotar al pabellon español en las murallas. A su vista una parte de los granaderos, que ignoraba que los sublevados hubiesen proclamado al rei, volvieron avergonzados sobre sus pasos, como si la terrible sombra de Falucho les enseñase el camino del honor. Solo los mas comprometidos persistieron en su primera resolucion i volvieron sus armas contra sus antiguos compañeros, quedando así disuelto por el motin i la traicion el memorable ejército de los Andes, libertador de Chile i del Perú.

BARTOLOMÉ MITRE.

MI VECINA.

¿Estará ausente? no asoma
La niña al balcon ¡ai Dios!
Sus mirtos no dan aroma,
No se oye su dulce voz:
Las flores de sus balcones
Mústias, a secarse van,
I, como mis ilusiones,
Marchitas tambien están;
Ya no cuida en las macetas,

(6) Orden jeneral de Camba, publicada en Lima.

Del invierno en las mañanas,
Sus perfumadas violetas
Como a queridas hermanas:
De la aurora a los albores
Regábalas con encanto,
¿Tal vez ahora otros amores
Ha ido a regar con su llanto?
¿Tal vez otro amante, ufano,
Escucha de placer lleno
Las notas de su piano,
Los suspiros de su seno?
¡Mas, nó! oculta en la cortina
Reluciente veo su tez;
¡La encantadora vecina
Volvió por fin otra vez!
¡Cómo cambian los sonrojos
De su encendida mejilla!
El claro azul de sus ojos
¡Ai! ¡cuánto en la noche brilla!:
¡Cómo me mira! a lo léjos
Su mirada reverbera;
Pero ¡ai Dios! *son los reflejos
De la luz en la vidriera!*

JOAQUIN LEMOINE.

LA VIRJEN DE LA VIÑA.

(DISTINGUIDA CON MENCIÓN HONROSA EN NUESTRO CERTÁMEN LITERARIO DE 1874.)

Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, i a su imperio prontos
Los elementos ceden.

(MORATIN, hijo.)

I.

Allá al pié del Cerro Blanco,
Aquella agreste colina,
Donde el rudo espino crece
I las flores nunca habitan,

Arida como sus peñas
Que el minero beneficia,
I triste como las tumbas
De que se encuentra vecina,

Entre floridos verjeles,
Que a los que pasan hechizan,
Se eleva esbelto i gracioso
El santuario de la Viña.

*
* *

Sobre el triste verde oscuro
Del cerro, el paseante mira
Dibujarse desde léjos
La nevada torrecilla;

I en la tarde melancólica
Lleva en sus alas la brisa
El eco de las campanas
Que al pueblo a rezar convidan.

¡Sacro bronce! no es preciso
Que tus notas argentinas
Nos llamen a la oracion
En aquella hora del dia,

Para que a rogar acudan
Los que amparo necesitan
I demandar el consuelo
De sus almas aflijidas,

Que a todas horas la puerta
De la modesta capilla
Se abre a innúmeros devotos
Que confiados la visitan.

*
* *

Mas que para su defensa,
Para encanto de la vista,
La plazoleta del templo
Cerca una reja pulida.

De perfumados naranjos
Entre dos frondosas filas
Hai allí una cruz de hierro
Que recuerda al que la mira

Por los fúnebres emblemas
De que se halla revestida,
Del Salvador moribundo
El martirio i la agonía.

Al lado del cerro hai árboles
Que en los hechiceros dias
De primavera los vientos
Murmuradores ajitan;

Bellos almendros nevados,
Duraznos de purpurinas
Flores, nísperos, aromos,
Mirtos, romeros i lilas.

I en una jaula de hierro
Mil graciosas avecillas
A la Reina de los ánjeles
Con lenguas arpadas trinan.

*
* *

¡Alegre sitio do rie
Naturaleza propicia!
Hermoso lugar aquel
Para adorar a María!

Parece que aun repitiera
Allí el aura fujitiva
Las plegarias que elevaron
A la Vírjen sin mancilla

Los bravos conquistadores
Que la castellana insignia
Plantaron en esta tierra
Hoi tan floreciente i rica,

Los que con piedad ferviente
Alzaron aquí algun dia
Altars para tu culto,
¡Santa Madre de la Viña!

¿Dónde están ellos? Pasaron
Como las hojas efímeras
Del bosque, cual por el aire
Nubes que el acaso pinta.

Apénas hai quien recuerde
Sus hazañas inauditas,
Mas, de su piedad, el templo
Guarda la memoria viva.

* * *

Sí, en el templo, do se adora
La Majestad Infinita,
El nombre de esos guerreros
Halla un eco todavía;

Que aquellos batalladores
De su frente esclarecida
Desceñian los laureles
Ganados en ruda liza,

Para adornar los altares
De la cruz, sagrada insignia,
Que los guió en los combates
Donde arriesgaban sus vidas.

I tras pelear dia i noche
En lucha ruda i continúa
Sin mas armas que la fé
Que sus pechos fortifica,

De jenerosa piedad
En fuego su alma encendida
Hospitales al enfermo,
Ricas aras a María

Levantaban fervorosos,
I sus postrimeros dias
Ocupaba la plegaria
O la caridad divina;

I, al morir los caballeros,
Les daba tumba bendita
El templo cuyos cimientos
Delineó su espada misma.

II.

Mediaba el décimo sexto
Siglo i un campo de gloria
Abria América vírjen
A las huestes españolas.

De Castilla los leones
Flameaban en las remotas
Comarcas desconocidas
Que lamen las mansas olas

Del Pacífico i los Andes,
Esa mole portentosa,
De un extremo al otro miden
Como serpiente de rocas.

Valdivia, guerrero insigne,
Digno de inmortal memoria,
Ya habia este fértil suelo
Descubierto en feliz hora.

I en medio de un verde valle
Que espesos bosques adornan
I riega un humilde arroyo
De turbias i escasas ondas,

Santiago entónces nacia,
Mas no la ciudad que ahora,
En su grandeza engreida
De magnífica blasona,

Sino una mísera aldea
De pobres, pajizas chozas,
Por do quiera amenazada
De la enemigas hordas;

Donde el guerrero dormia
Apoyado en su tizona
Sin alijerar sus miembros
Del peso de férrea cota;

Donde las fatigas rudas
De una guerra asoladora
Ni el cultivo permitian
De una tierra en mieses pródiga.

Hoi nos absorbe i suspende
La noble constancia heróica
Que sostenia a los padres
De la mísera colonia,

Al resistir los furores
Del combate, la espantosa
Peste, i del hambre tremenda
La presencia aterradora.

De bronce el alma tenían
Esos hombres, cuyas obras,
Aun, al traves de los tiempos
Nos marabillan i asombran.

*
*
*

Entre esos conquistadores
Don Rodrigo de Quiroga
Por su virtud i proezas
Legó su nombre a la historia;

No ménos que su consorte.
Ines de Suarez, matrona
Que una vez salvó a Santiago
Con resolucion heróica,

Cuando el gran Machamilonco
En jornada desastrosa
Casi postró por el polvo
Las enseñas españolas.

Fué ella la primer cristiana
Que pisara nuestras costas,
Afable, dulce, paciente,
Tan discreta como hermosa.

De los pobres era madre,
Dulce hermana cariñosa
Del que sufre; su existencia
De virtud espejo i norma;

Aunque la calumnia impía,
Que el mérito no perdona,
Alguna vez de su cáliz
La hizo apurar la ponzoña.

*
*
*

De una vida que doraba
En sus fulgores la gloria
Tocaban ámbos esposos
A la tarde encantadora.

Ellos llamarse podian
Los padres de la colonia
Que se elevó floreciente
A su benéfica sombra.

Dios bendecia sus campos,
Pues con mano jenerosa,
De sus cosechas, al pobre
Daban liberal limosna.

¡Ninguna crueldad empaña
El limpio sol de su honra
I aun al traves de los siglos
Es bendita su memoria!

¡Dulce vejez de los buenos
Que ningun cuidado azora
Porque la tierra cruzaron
Realizando santas obras!

*
* *

Los dos ancianos vivian
En Dios sus almas absortas;
Que ya nada de la tierra
Sus deseos ambicionan.

Su goce es la caridad,
Del cielo puerta gloriosa,
I a María Inmaculada
Alzar plegarias devotas.

Con suspiros amorosos
El nombre sagrado invocan
De la que en los altos picos
Del Monserrate se adora.

Culto tiene en su mansion
La divina Protectora;
Peremne ante ella una lámpara
Vierte su luz misteriosa:

Mas esto a saciar no llega
Lo devocion afectuosa
Del cristiano caballero
Que casi a la huesa toca.

I anhela su ardiente culto
Perpetuar en las remotas
Jeneraciones. Ya el término
De su jornada se acorta,

I él, cuyo nombre bendito
Repiten por la colonia,
Pronto quizás de la tierra
Pasará cual leve sombra.

Así piensa muchas veces
El buen caballero a solas
I cierto dia agobiado
De idea tan melancólica,

—“De nuestro amor a María
Dejemos, dice a su esposa,
Tras esta mortal carrera,
Pia i cristiana memoria.

“¿Nó ves en aquellos llanos
Alzarse una erguida loma
Que verde espinal rodea
Como silvestre corona?

“Muchas veces al mirarla
Del crepúsculo en las horas
Mi pensamiento ha volado
Muy mas allá de las ondas,

“Que por siempre nos separan
De nuestras nativas costas
I recordé con ternura
Nuestra montaña española

“Del Monserrat, donde pios
Léjos de mundana pompa,
Invocan los solitarios
A nuestra insigne patrona.

“Entónces, “¡ai! me decia:
“Llegará mi última hora
“I nunca a orar en tal sitio
“Podré tornar con mi esposa!”

“Pues, bien en esa montaña,
Hoi abandonada i sola,
Un templo del patrio suelo
Nos traiga dulces memorias;

“Allí, a los piés de María,
Con férvido gozo corran
Estas lágrimas que mudas
En mis párpados se agolpan;

“Allí iremos a rezar,
I bajo la humilde bóveda
Del templo que levantemos
Se cabará nuestra fosa.....”

Al voto del caballero
Respondió la fiel matrona;
Su devoción los anima
I los recursos les sobran.

I un año despues cumpliósese
La aspiracion jenerosa
De los ilustres patriarcas
De la naciente colonia,

Alzándose una capilla
De bella i gallarda forma
Sobre la verde montaña,
Como nevada paloma.

ENRIQUE DEL SOLAR.

(Concluirá.)

“EL AMOR” POR MICHELET.

Mr. J. Michelet tiene un talento que irradia, posee una inteligencia robusta, poderosa, de colosales proporciones. Hombre de larga experiencia, de vastos i variados conocimientos, se ha distinguido en el mundo de las letras como literato, filósofo, historiador, publicista i escritor. Antiguo profesor del instituto real de Francia, ante un público ávido de ciencias, ha dado lecciones sobre historia i sobre moral. Sin disputa es uno de los grandes hablistas de nuestro siglo, i su palabra apasionada i viva se espera i aun se escucha con cierta novedad. Tiene la facundia i la chispa del hombre de jenio. Como filósofo es una potencia. La Academia francesa, templo angusto, do arden i reverberan todas las ciencias, que encierra el mundo civilizado, le cuenta en el número de sus mas brillantes miembros.

Esto, sus costumbres irreprochables i su respetable ancianidad le rodean de cierto prestigio, de cierta reluciente aureola, que para sus adeptos pasa por una de aquellas lumbreras que de cuando en cuando nos depara la Providencia.

Para un hombre solo esto es mucho.

Pero las virtudes de Mr. Michelet ¿son reales o finjidas? ¿Ama con conciencia al jóven i la niña, al hombre i la mujer, a la familia i la sociedad? En uno i otro caso nuestra respuesta no será ni afirmativa ni negativa, porque vedado nos está juzgar la conciencia ajena.

Pero si nos es prohibido poner en nuestros manos la conciencia de este ilustre anciano, deber nuestro es hacer que desfilen sus ideas, i entónces justipreciar su enseñanza, su doctrina i sus sentimientos.

Michelet vino al mundo i fué mecido en cuna católica. Ya hombre, hízose libre-pensador, alistóse en la escuela racionalista, entre los filósofos que le rinden culto a la materia. En el fondo, talvez sin pensarlo ni quererlo Mr. Michelet, su enseñanza tiende con mucho al comunismo.

Como todos los hombres de la escuela del libre pensamiento, Michelet escribió *El Amor* con el dogmatismo del yo, con gran dosis de amor propio, i con la vanidad del filósofo que hace de la ciencia una relijion i de la experiencia un calvario. Desarrolla Michelet en tal libro una filosofía sensualista, pagana desquisadora e impía, careciendo de los medios de dar un guia a la inteligencia i sin poseer la virtud de robustecer el corazon.

Vese a todas luces en *El Amor*, que nuestro filósofo quiere a todo trance dejar su nombre de herencia a la mujer. Así, levantando andamios, derramando flores por ciertas veredas, sensibilizando la idea i la expresion, batiendo palmas al amor sensual, la posteridad podrá recojer la memoria de tan notable escritor, pero no le levantará un altar, ni ménos le proclamará un bienhechor de la humanidad.

Michelet escribió *El Amor* halagando las pasiones, prescindiendo de todo sentimiento relijioso, divinizando la materia, trabajando por que a la mujer le cupiese un triste lote.

En *El Amor*, Michelet pulsa la lira, armoniza la expresion, canta i gorjea, pero rara vez señorea el corazon, porque casi siempre está alejado de la verdad.

El célebre autor i profesor de historia moderna ha escrito, pues, una obra notable bajo muchos conceptos; que ha hecho eco que se encuentra traducida en casi todos los idiomas del mundo, que se han apresurado a leer hombres i mujeres. Tal es la produccion literaria de Mr. Michelet, que lleva por título *El Amor*, fruto de treinta i dos años de trabajo, segun su propia confesion.

¿El contenido de esta obra es vasto, vastísimo. ¿Quién no ve que está calculado para producir grandes efectos? *El Amor* es la base de la familia, como ésta lo es de toda sociedad. Entónces, có-

mo no devorarla el que es miembro de una familia? ¿Cómo no interesarse el que forma una parte integrante de la sociedad? Sí, esposos i esposas, hijos e hijas, sacerdotes i laicos, sabios e ignorantes, ricos i pobres, lejisladores i pueblo, todos necesitamos del amor. Sí, todos queremos beber de ese néctar delicioso, ambrosia de los espíritus anjélicos, que Dios ha depositado en el fondo de nuestros corazones, para que embellezca nuestros dias i embriague nuestra existencia. Solo con tal alimento podemos atravesar el desierto de la vida i llegar al empireo del Señor.

Pero la razon i la experiencia nos enseñan que toda lei moral, que toda lei física, tienen una base o principio, sin lo cual tales leyes no pueden existir. Esto así, en moral el amor es el alfa i la omega, es el punto a donde converjen toda idea i todo sentimiento, ya sea que bajen de lo alto, ya sea que broten de la tierra. Mas para el sabio Michelet el amor no tiene fuente alguna, ni va mas allá de nuestros dias.

Segun esto, ignora Michelet, que la moral viene de Dios, que *Dios es caridad*. Verdades palmarias, luminosísimas, que están en la conciencia de todos.

Entónces no es extraño que este filósofo desprecie los grandes principios de relijion para hablarnos sobre el amor. Por lo tanto no ve esa lazada amorosa, fuerte, que une al cielo con la tierra; i, ni su clarísimo talento, ni su poderosa razon, le dan cuenta de lo que siente hasta un niño. Michelet solo tiene fuerzas i una robusta mirada para valuar el amor sensual, ese amor que es el aguijon de la concupiscencia de la carne.

El defecto capital de *El Amor* está en que su escéptico autor no se haya remontado hasta el solio del Señor, i anidado ahí el corazon del hombre, de la mujer i del niño. La relijion es el único lazo santo, fuerte i poderoso que sostiene a la familia; solo con relijion el padre, i la madre i el hijo, trinidad de la tierra, pueden ser imájenes de la mui augusta i santa Trinidad, que está en los cielos.

Convengamos desde luego, con Michelet la mujer ni aprende a conocer ni el amor que la glorifica, ni el amor que la afianza i sostiene. Tampoco aprende a distinguir lo justo, lo santo, lo bello i lo verdadero. Entónces jamas podrá saber donde está su ventura, donde la paz de su corazon.

En el libro en que nos ocupamos la mujer no es una agua límpida, pura i tersa como el cristal; seméjase mas bien a una agua turbia, casi constantemente cenagosa.

No nos proponemos seguir a Michelet paso a paso en su obra *El Amor*; ya Mr. Haas lo ha hecho con talento, elocuentemente, con tanto brillo como enerjía. Al defender Haas los fueros de la mujer, ha tenido presente el amor de Dios, el amor a la causa católica, únicas fuentes de donde brota el verdadero i eterno amor. Mui a la lijera, sin lucidez, sin gracia i fuerzas para poder contrarrestar la fascinadera pluma de Michelet, procuraremos vin-

dicar a la mujer piadosa i de ruborosos sentimientos, ora en la institucion del matrimonio, ora en la lei suprema del trabajo, ora en la medicacion del corazon.

Para todo católico, el matrimonio es un sacramento, que no reconoce mas principio ni tiene mas fin que Dios. Es un contrato tan antiguo como el mundo, que el hombre aceptó con júbilo i amor, que cuatro mil años despues, Jesus lo santificó con su hálito divino. Contrato tan solemne, como tierno i santo, que Adam presentia, porque se veia solo!

Hé aquí la mujer, ella es carne de mi carne, i hueso de mi hueso! Por ella dejará el hombre el techo paterno, i serán, no ya dos, sino una sola carne.

Sí, el cielo se inclina ante la augusta ceremonia de dos corazones que se unen para confundir su existencia, para propagar su propia especie segun Dios i para Dios!

Dios es el fundamento de ese contrato, pero el amor es su fuerte vínculo; Dios es el medio i el fin de ese contrato, pero el amor une a los conyuges a causa de la prole.

El matrimonio es, pues, un lazo santo, sagrado e inviolable, que nadie impunemente puede romper, porque se echaria por tierra una lei fundamental, positiva, creada i santificada por Dios i no por el hombre. Lei suprema que marca al hombre con un signo de santidad i de majisterio, que le da una espada de fuego, para que con ella proteja a la esposa, a los hijos i a la misma sociedad.

Si se considera el matrimonio como un mero acto civil, como un acto privativo tan solo de dos voluntades que se buscan i estrechan, como un acto que no tiene mas móvil que el amor terrenal, que es como Michelet lo aprecia i aplaude en el libro en que nos ocupamos, el amor de los cónyuges puede compararse al vuelo de esas aves, que viven de insectos, que constantemente revolotean por el suelo, que son impotentes para remontarse i fijar sus miradas en esa bóveda celeste tachonada de astros resplandecientes.

¡Tristes de nosotros! Triste del hogar doméstico, si la lei civil, si la vindicta pública, no castiga la infidelidad de los esposos! Si la sancion relijiosa no engrandece i afianza el matrimonio! Sucumbiria entónces la familia, el hogar dejaria de ser santuario, i correria riego de convertirse en un lugar de prostitucion! Qué, seria entónces, de las nobles i sublimes funciones de los esposos? En tal caso, ellas no serian ni amadas ni respetadas.

Con justicia la Iglesia mira el matrimonio civil nada mas que como un cuncubinato, lo que bien considerado no es otra cosa que una fiel imájen del matrimonio pagano.

Entónces, renaciendo el paganismo, despreciada la lei de Dios, la mujer i los hijos volverian a ser considerados como *cosa* i la esposa como ciego instrumento de las pasiones del hombre.

Se conoce que el ilustre Michelet no se distingue por las santas emociones de una alma relijiosa, que tiene la desgracia de no poseer los dulces i consoladores sentimientos de un corazon católico! Ah! porque este filósofo no fué arrullado por una madre, que vivamente sintiera el entusiasmo de dar a luz un candidato para el cielo!

El autor de *El Amor* comprende que el corazon de la madre se conmueva i palpita de gozo al ver que alistan a su hijo como ciudadano; pero desconoce el sagrado fuego de la madre cristiana, que estrecha gozosa en su casto seno al hijo rejenerado por las aguas del bautismo, quien inocente i puro pasa a ser templo vivo del Espíritu Santo.

Michelet el sabio, Michelet el filósofo, Michelet el moralista, que tanto ha estudiado la historia, que tanto ha abordado el sentimiento, no sabe desplegar las alas de su brillante i rica imaginacion para enaltecer el corazon relijioso i tierno de una madre santamente enamorada! De una madre que solo vive para enseñar al hijo a mirar con horror el pecado, a reprimir sus malas inclinaciones, a santificarse amando a Dios i al prójimo! Michelet solo clava su vista en este frio suelo, cuyos densos vapores ofuscan tan solo a los que viven distraidos de toda relijion! No tiene ni inspiracion ni grandeza de alma para buscar el amor en las altas rejiones, do mora el Amor Increado.

Michelet quiere, trabaja con teson por formar hombres; pero niega su soplo, se niega a formar ánjeles.

Si el hijo, o sea el ciudadano, no sabe amar a Dios i al prójimo, ¿qué bien ha recibido la sociedad con aumentar su lista civil? ¿Qué importa que ese ciudadano tenga luz en la cabeza, esté lleno de ciencia, si su corazon está destituido de bondad? Invocando la experiencia de todos los siglos, semejante ciudadano no es una verdadera imájen del fuego patrio.

Para el dulce i santo himeneo, Michelet no hace valer ni la razon divina ni la razon humana, tan solo quema incienso a los sentidos. Entónces, pues, el concubinato público consentido, acatado i deseado; entónces la esposa de peor condicion que el esposo, i quiera que no quiera escarnecida, deprimida i vilipendiada; entónces la suerte i porvenir del hijo queda a merced de seres que forzosamente degradados, buscan léjos donde ocultar su vergüenza.

Con su filosofía sensual, Michelet arria bandera, porque no contento con atacar la lei civil, trata tambien de dar muerte al dogma católico i a la moral cristiana.

Vulnerais, Mr. Michelet, el honor de la familia! Matais la pureza i la santidad del matrimonio! Le quitais su peaña al hogar doméstico, puesto que le arrebatáis su relijion!

I ¿cómo tratáis a la madre? Mucho peor aun. Vos no tan solo quereis madres sin relijion i sin corazon, sino tambien madres impudentes. Sí, exijís que las madres hagan revelaciones a sus

hijas, que queman los labios, que lastiman todo pudor, que deben precipitar a ángeles inocentes a torpes ensueños. Hacer tal caudal de filosofía es no tener siquiera sentido comun. Con razon el ilustre i piadoso Haas os llama profanador, pues herís de muerte el candor de una vírjen pura.

El trabajo es una lei suprema de Dios. Aunque esta lei fué impuesta en desagravio de una ofensa infinita, ella proporciona grandes i continuos consuelos en esta vida, asegura la paz i felicidad del hogar, acrecienta la riqueza i bienestar de los asociados, i lo que es mas, esa lei nos convida a los goces eternos.

Cierto, la santa lei del trabajo está impuesta especialmente al hombre, mas la mujer no está exenta de tan fuerte obligacion.

A los ojos de una filosofía moral i práctica, trabajar es sufrir; i como nadie puede huir del dolor, nadie puede tampoco prescindir del trabajo.

¿Cómo adquirimos la subsistencia? Mediante el trabajo. ¿Cómo se combaten los males de esta vida? Trabajando. ¿Cómo conseguimos dominar nuestras torpes pasiones? Con gran fatiga de nuestro espíritu. ¿Cómo obtenemos que Dios bondadosamente fije en nosotros sus miradas paternales? Orando *en el saco i la ceniza*, como el real Profeta.

Es verdad, la mujer no puede, ni aun debe, por lo jeneral, trabajar fuera de *su campo* con las fuerzas del hombre i como trabaja el hombre; pero su vida debe ser tan llena como la de aquel. Por consiguiente, aconsejando Michelet a la mujer que trabaje poco, *porque es una gran enferma*, se opone a las miras de Dios i al bien de la sociedad.

Con esto, Michelet da a la mujer un consejo insano, inmoral i de perniciosas consecuencias. La obliga a suspender las tareas del dia, a malgastar su tiempo, a ser muelle de cuerpo i enferma de espíritu.

Decirle a la mujer que no trabaje mas que en ciertos dias, vale tanto como aconsejar al labrador que suspenda su faena i siegue la espiga ántes que esté madura.

Si la mujer, llegada a cierta edad, no es apta para el trabajo, si no debe trabajar mas que hasta media jornada, le preguntamos al autor de *El Amor*, ¿qué debe hacer tal mujer de sus dias i de sus horas? ¿Vagar? Desear la holgazanería como un bien supremo? Entregarse a un ocio que enjendre la voluptuosidad, lepra moral tan aceptada por la mujer superficial, por quien ama la molicie? No sabe el viejo i sabio Michelet que la mujer que mas trabaja es la mas dulce i afectuosa, la mas tierna, la mas benéfica, la mas caritativa, la mas moral, la mas feliz i la que mas ama? Así, al ménos, nos lo asegura el Evangelio, así tambien la experiencia viene en apoyo de esa verdad inefable con numerosísimos ejemplos.

La mujer modelo que nos pinta el Espíritu Santo, es una mu-

jer activa, hacendosa, mui dada a duras labores, que jamas está ociosa. A tal mujer vésela con frecuencia ocupada en faenas que no halagan las vanidades mujeriles, pero que pródigamente la enriquecen i la hacen amontonar inmensos tesoros para el tiempo i la eternidad. Salomon nos dice: “Buscó lana i lino, i lo trabajó con la industria de sus manos. Hízose como nave de mercader, que trae su pan de léjos. I se levantó de noche, i dió la porcion de carne a los domésticos, i los mantenimientos a sus criados. Puso la mano en un campo, i lo compró: del fruto de sus manos plantó una viña. Ciñó de fortaleza sus lomos, i fortaleció su brazo. Gustó, i vió que su trabajo es provechoso: no se apagará su candela durante la noche.”

Esta vida activa i laboriosa fué la causa de que esta mujer fuerte se pusiese *un vestido acolchado*, trabajado por sus manos; que su esposo fuese conocido i se sentase entre los senadores; que su boca se abriese a la sabiduría *i no comiese ociosa el pan*; que se levantasen sus hijos i la bendijesen, proclamándola dichosa, i que su esposo tambien la alabase.

El sapientísimo i mui piadoso Scio de San Miguel, interpretando esta parte de la Sagrada Escritura, pone la siguiente nota, sobre la cual llamamos mui mucho la atencion:

“Para cerrar, dice, la exposicion de este libro, me ha parecido conveniente añadir aquí algunas de las reflexiones, con que pone fin a la suya el doctísimo Bossuet. La mujer casada que nos pinta aquí Salomon, para que como en un espejo se miren en ellas que tienen un estado, no es de una condicion pobre, rústica o aldeana; ni de un ánimo vil i codicioso e interesado, que solo atiende a allegar i a guardar lo que allega. Es mujer de un senador, que toma asiento en los tribunales entre los principales de la ciudad. Vestida de lino mui fino i de púrpura, cuida de que nada falte de lo necesario para el aseo, decencia i comodidad de su marido, hijos i familia. Su dilijencia se extiende a que la casa se vea adornada de hermosas colgaduras i cortinas, de tapetes vistosos en las mesas, i de exquisitas cubiertas en las camas; todo tejido i trabajado por sus manos. No se habla aquí de diamantes, perlas u otras piedras preciosas, ni de alhajas o bajilla de oro, porque huyendo de la vanidad, atiende solamente a lo útil i sólido de las cosas. Se muestra de una grande mansedumbre, mui afable con la familia, i mui pronta para acudir con mano liberal al socorro de los necesitados. Desempeña el oficio de ama i madre, pero con mucha prudencia, solicitud i providencia: no solamente manda, sino que enseña, exhorta i amonesta; no salen de su boca sino palabras llenas de sabiduría; nada hace que no sea con la mayor madurez i reflexion; compra un campo o heredad, pero mirando bien ántes la utilidad i frutos que de allí pueden resultar. Tampoco se habla aquí de la honestidad, que conforme a su estado debe guardar; pues siendo tan prudente esta mujer, sabe que sin esta virtud no hai alabanza alguna en las casadas, por-

que siendo la primera que debe brillar en ellas, se debe dar por supuesta, como el fundamento de todas ellas. Su primera atencion es temer a Dios, i darle el culto que le es debido, pero sin supersticion. Atendiendo a la labor i al cuidado de su casa, coloca la principal i mayor parte de su piedad en cumplir con la mayor exactitud los oficios de una buena madre de familia. Ultimamente todo su elojio se comprende en esta brevísima sentencia: *Consideró las veredas de su casa, i no comió el pan estándose ociosa.* Mírense ahora en este dechado las mujeres casadas de nuestros dias, i hagan con él un fiel cotejo de lo que practican para el desempeño de sus obligaciones, i hallarán talvez muchas, aun de las que se tienen por buenas i por recomendables, que por evitar ilícitas distracciones, el ocio i la murmuracion, emplean i gastan el tiempo en el juego i continuas diversiones.”

Veamos ahora lo que nos dice la experiencia, la historia de la mujer que fielmente ha seguido las pisadas de María i observado los consejos de la Iglesia.

Isabel la Católica imitó heróicamente a la mujer fuerte del Evangelio; toda su preciosa existencia la ajustó al cumplimiento de las obligaciones propias de su estado i a la práctica de las virtudes cristianas.

Isabel fué sabia i grande en su vida pública, como pia i perfecta en su vida privada. Ningun soberano, incluso San Luis de Francia, le ha sacado ventaja para gobernar a Isabel, ni ninguna mujer ha tenido una vida mas austera i ejemplar en el hogar.

Pues bien, Isabel, esta gran figura de reina i de mujer, tan oculta i callada en el retiro de su hogar como ostensible en sus acciones de soberana, tan esforzada como magnánima, tan púdica i tímida como resuelta i varonil, tan elevada como modesta, tan jenerosa i espléndida como económica, tan dulce i afable i atenta como firme i séria, de un juicio tan raro como gran conocedora del corazon humano, tan sabia i práctica en los negocios como el gran Jimenez de Cisneros, tan humilde como un niño; que no amó ni en su juventud ni las joyas ni los adornos; que tanto tiempo dedicó al estudio, a los negocios de Estado, a la guerra i a los grandes descubrimientos; que personalmente socorria la indijencia, visitando a los enfermos; que sostenia una activa correspondencia dentro i fuera de sus Estados i concedia frecuentes audiencias a su pueblo; que ella misma amamantó i educó a sus hijos; Isabel, repetimos, se sintió feliz, se preció de que su esposo Fernando, durante su matrimonio, *jamás se habia puesto una camisa, que no hubiese sido cosida i bordada por ella.*

En la peregrina historia de la mujer católica abundan los ejemplos de Isabel, porque ninguna mujer puede ser verdaderamente cristiana sin el santo amor al trabajo.

Dejamos, pues, a Mr. Michelet, como a la mujer superficial de nuestro siglo, el hecho que apuntamos de Isabel, para que lo moralicen i saquen de él las consecuencias que quieran.

En el capítulo que Mr. Michelet dedica a la mujer para levantar i robustecer su corazon, nuestro filósofo siembra doctrinas i da consejos que ruborizan, que lastiman todo sentimiento religioso, que causan vértigos, que aceptados serian el desquiciamiento de toda sociedad honrada i culta. I esto, despues de expresarse en estos términos:

“¿Son igualmente culpables el adulterio de la mujer i del marido? Sí, como infidelidad i violacion del juramento; nó, por otras mil razones.

“La traicion de la mujer tiene consecuencias terribles, que no tiene la del hombre. La mujer, no tan solo hace traicion, sino que entrega el honor i la vida del marido, lo convierte en blanco de la mofa i el escarnio, le expone al azar de perecer, de matar a un hombre o de caer en el ridículo, i obra casi lo mismo que si diera por la noche la llave de su casa a un asesino.

“¿Qué es el seno de la mujer sino nuestro templo vivo, nuestro santuario, nuestro altar, donde arde la llama de Dios, donde el hombre se rejenera todos los dias! Si entrega este templo al enemigo, si deja robar esta llama, que es la vida de su marido, es mas culpable que si ayudase a hundirle un acero.

“Ningun castigo seria bastante grave, si se supiera lo que hace.”

El autor de *El Amor*, al expresarse con tan elevados sentimientos, con tan noble enerjía, solo ha tenido presente la verdad social, para nada ha considerado la verdad religiosa. Ha tenido muchísima razon, porque el credo católico jamas disculpará el adulterio, porque ninguna falta hiere mas la moral, corrompe mas las costumbres i deprime mas la sociedad. Con el adulterio de la esposa, el padre i los hijos cubren su rostro, mancillan su nombre i no tienen ya risueño porvenir. Sí, levantarán altivos sus frentes, pero ellas llevarán el triste sello del ludibrio.

Las lejislaciones de todos los tiempos, de todos los pueblos, han impuesto las penas mas terribles para los adúlteros, principalmente a la mujer. La lei mosaica mandaba apedrear a los culpables. Segun esa lejislacion, tal falta en las mujeres era causa bastante para el repudio. Probado el adulterio, se la desechara, se la arrojaba a la calle, como un sér inmundo, como una víbora, cuya mordedura causa una muerte súbita. Como el sacrílego, tal mujer marchaba de puerta en puerta escarnecida i mofada.

Dios i el hombre se unen para condenar tan nefanda culpa.

Jesus nos dice que comete adulterio aquel que fija torpemente sus miradas en la mujer ajena. ¿Cuánto mas si en ella pone su corazon? ¿Si de ella hace su ídolo?

Los Proverbios, La Sabiduría i El Eclesiástico, esos libros de la verdad del Verbo, están llenos de rayos para la mujer que profana el lecho del esposo. ¡Con qué enerjía se pronuncian siempre!

“Lo mismo será de toda mujer que deja a su marido, i que establece heredero de ajeno matrimonio: porque primeramente fué incrédula a la lei del Altísimo: lo segundo pecó contra su marido: lo tercero fornicó con adulterio. Esta será llevada a la Iglesia, i se inquirirá sobre sus hijos. No echarán raíces sus hijos, i las ramas de ella no darán fruto. ¡Dejará en maldicion su memoria, i su infamia jamas se borrará!” (1)

En contraposicion de la mujer mala, veamos lo que esos mismos libros dicen de la mujer fiel, de aquella que sabia i diligentemente supo guardar su propio honor, el de su esposo i el de sus hijos.

“La gracia de la mujer diligente deleitará a su marido, i alegrará los huesos de él. La buena crianza de ella es don de Dios. Mujer cuerda i callada, no tiene trueque esta alma sabia. Gracia sobre gracia la mujer santa i pundorosa. Pues no hai peso que se compare con una alma continente. Lo que el sol al nacer en las alturas de Dios es para el mundo, es la jentileza de la mujer buena para el adorno de su casa. Antorcha que alumbrá sobre el candelero santo es la hermosura del rostro en una edad robusta. Columnas de oro sobre bases de plata son los piés que se afirman sobre las plantas de la mujer constante. Cimientos eternos sobre piedra sólida son los mandamientos de Dios en el corazon de la mujer santa.” (2)

Jesus perdonó a la mujer adúltera, pero no apocó su falta, no alentó a nadie a que la cometiese. No así Michelet, quien disculpa, quien perfuma i llena de flores el seno de semejante mujer. Nuestro filósofo da disculpas que ruborizan, que queman los labios, que hacen destilar sangre del corazon. El dice: “La primera falta, al ménos, debe mirarse como un acto casual, como una debilidad negativa, ménos como un hecho consumado, que como la imposibilidad de obrar i de resistir. Las mujeres sanguíneas se deslumbran en ciertas épocas, sufren un verdadero vértigo. Las linfáticas tienen una voluntad mui muelle, están acostumbradas a ceder. . . . saben que obrando así son graciosas. . . . lo que las hace ser siempre complacientes. . . les cuesta mucho resistir. . .”

En la conducta del divino Redentor hai una profunda filosofía, una caridad que a la vez nos levanta i nos humilla. Miétras que Michelet alienta, abre un anchuroso camino a la mujer que en su interior se ha propuesto deslizar sus piés.

Jesus, perdonando, no hiere la moral, no abona la culpa. Sí, en la mujer adúltera ve el Hombre-Dios la fragilidad de la especie humana, cuán expuestos estamos todos a caer. Obrando así, Jesus nos da una prueba de su infinita misericordia para con el culpable; miétras que Michelet prescinde de la lei moral, del sentimiento íntimo de la justicia, i hasta de la conciencia i dignidad del hombre.

(1) Eccl., XXIII, vs. 32, 33, 34, 35, 36.

(2) Eccl., vs. 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24.

Nada mas justo, ni nada hace palpitar mas el corazon que el hombre imite a Dios en su misericordia. Pero debemos tener presente que el hombre no puede ejercer una soberana i completa justicia: primero, porque no es perfecto; segundo, porque los medios de que dispone son limitados.

Resumamos *El Amor*.

Este libro está escrito sin ningun sentimiento relijioso, sin ningun temor a Dios. Con frecuencia ofende la moral, i ruboriza el semblante de la mujer púdica, haciéndole revelaciones inconvenientes, lijeras i deshonestas, que nada le importa saber o ignorar.

La vasta ciencia de Michelet no le da a conocer el amor de la madre, el amor de la familia. Ultraja a Dios, ultraja a la naturaleza, imponiéndole a la madre que haga un mercado de su hija, es decir, de su propia carne, de su propia sangre, de su propia sustancia.

En tal obra el amor de la mujer no tiene aurora, ni el crepúsculo de la obra vespertina. La mujer llega al término de su carrera sin encontrar donde reclinar su cabeza.

Michelet para nada toma en cuenta la humilde, tierna i eficaz plegaria de la vírjen. Ningun apoyo presta a la huérfana, ninguna puerta abre a la mujer que ha tenido la desgracia de caer. Para esos pobres séres no hai brazos amorosos que los estrechen, ni corazones sensibles que los consuelen, que los salven.

El Amor de Michelet jamas curará ninguna llaga social, ninguna herida del corazon; porque el amor no está sujeto a la ciencia, ni a una estéril charla, ni a la expresion armoniosa que carece de sentimiento. Como Michelet no tiene relijion, no da asilo a las almas que temen vivir en el mundo, no sabe consolar a los corazones desgarrados por el dolor o la desgracia. ¡Ah! no lo olvidemos: el filósofo incrédulo, los libres-pensadores, los espíritus fuertes, son impotentes para aliviar o curar la mas pequeña herida moral!

En el libro que a la lijera venimos apreciando no se conoce el amor maternal, esa llama celeste, ese fuego divino que fecunda séres espirituales, destinados a pisar los umbrales de la eternidad, a ver cara a cara a su Señor i Creador.

Entónces ¿cómo amar i admirar a la madre que enseña a sus hijos, a la madre que, fuertemente unida a ellos por los vínculos de la sangre i de la relijion, practica las virtudes evanjélicas i trata de hacerlas fáciles, amables i necesarias? ¿No sabe Mr. Michelet que muchas mujeres, gracias al sagrado fuego del amor maternal, no han caido en graves i vergonzosas faltas? ¿Que tan santo amor es casi la única tabla de salvacion que tiene una sociedad ora minada, ora gastada por el indiferentismo relijioso?

En *El Amor* ¿qué parte tiene la viuda? ¿Esa mujer que ha perdido al esposo, i con él su alegría, su esperanza i su firme apoyo? El amor de tal mujer ningun papel desempeña en la mui propaga-

da obra de Mr. Michelet. De modo que, nada importa para Dios i la sociedad que tal mujer multiplique sus faenas, valga por dos; que prescindiendo de la debilidad de su sexo, de su natural timidez, i falta de la experiencia de los hombres i de los negocios, se lance al mundo para buscar el sustento de una numerosa familia; que de regreso al seno de su hogar se entregue a los cuidados de la casa, vijile i eduque a sus hijos, les dé lecciones prácticas de los sucesos de la vida i les haga comprender, por fin, que vale mas el hombre relijioso, virtuoso i honrado, que esotro que posee cuantiosos bienes de fortuna mal adquiridos.

¡Si Michelet al escribir *El Amor* hubiese poseido el sentimiento católico! Entónces nuestro filósofo se habria apoderado de la verdad, i hubiera sido no solo poeta por el estilo, sino tambien de corazon. Ahí entónces lo florido de la expresion i del sentimiento; los encantos de la palabra viva, ardiente i relijiosa; la fluidez, la armonía, la santa austeridad, la relijiosa enerjía i los dulces consuelos del alma; aquella fuerza del corazon para sentir, para pintar lo grande, lo bello i lo sublime.

Seamos justos. Michelet en *El Amor* confiesa, mas de una vez que la verdad católica ha causado el bien social, i que ninguna relijion es comparable al catolicismo para formar i sostener el corazon de la mujer.

Pero esto no basta para que libremos a *El Amor* de nuestro anatema. Con mucho, consideraciones filosóficas, relijiosas i morales, que ya hemos insinuado, nos obligan a tan severo juicio.

Aunque Mr. Michelet al escribir sobre el amor ha tenido por principal objeto a la mujer, segun nuestro juicio no es para ella el libro de que nos hemos ocupado.

J. SOTÉRO FÁBRES.

BIBLIOGRAFIA.

Mui conocidas son las obras en que el astrónomo frances Camilo Flammarion ha expuesto sus ideas sobre la habitabilidad de los mundos diseminados en los espacios. En *La Pluralidad de los mundos habitados* i en *Los mundos imaginarios* estudia el problema de la existencia de la vida en los cuerpos celestes. Flammarion presenta la cuestion por los aspectos de vista científico, filosófi-

co e histórico. Pero, dejando a un lado los errores que admite, condenados por la sana filosofía, no se ha preocupado de la armonía que la teoría de la pluralidad de los mundos habitados guarda con los dogmas i enseñanzas del cristianismo.

Este vacío es el que ha querido llenar un ilustrado presbítero frances, M. Pioger, con la publicacion del libro intitulado: *Le dogme chrétien et la pluralité des mondes habités*. Como lo declara el autor, este libro es esencialmente cristiano, escrito con el objeto de tranquilizar muchas conciencias escrupulosas que han supuesto que la demostracion de la existencia de otras especies humanas semejantes a la nuestra no se armonizaba con los dogmas de la relijion revelada.

El reverendo padre Félix decia un dia desde la cátedra sagrada: “El mayor escándalo de las intelijencias contemporáneas, la preocupacion mas fatal al verdadero progreso de la razon en la verdad, es la persuasion profundamente errónea de que el misterio cristiano está en contradiccion con la ciencia moderna. Esa contradiccion es el fantasma creado por el libre-pensamiento; i el anticristianismo ha hecho de él un espantajo para detener el movimiento que une al Cristo a tantas personas ilustradas e intelijentes.”

Con estas palabras del orador católico, encabeza su obra el presbítero Pioger, i en el curso de ella manifiesta los resultados de la ciencia en el terreno que él ha recorrido, los fundamentos racionales para creer habitados los mundos semejantes al nuestro i cómo esos resultados i esa creencia no se oponen de ningun modo a las divinas letras ni a las decisiones de la Iglesia.

Los argumentos que mas espontáneamente se ocurren en contra de la pluralidad de los mundos habitados provienen de la dificultad aparente de conciliar el misterio de la Encarnacion del Verbo, con aquella hipótesis. A este punto se contrae el autor de una nanera especial, i no le cuesta mucho deshacer la dificultad.

En suma, el libro de M. Pioger, es instructivo i ameno, i servirá para desvanecer mas i mas la idea de que en algun caso puedan encontrarse discordes la ciencia divina i la ciencia humana, los progresos de la intelijencia en el órden natural i los dogmas de la relijion cristiana.

* * *

La vida i los conocimientos de Cervántes son hoi en España objeto de especial estudio. Cada año ven la luz pública nuevos libros i folletos en que se le juzga en vista de las investigaciones hechas por los cervantófilos o por las academias fundadas con el fin de fomentar la aficion a las obras del inmortal autor del *Quijote*.

Fruto de esta aficion es el nuevo libro de que da cuenta la *Revista de España* en uno de sus últimos números, titulado *Ideas i*

noticias económicas del Quijote i escrito por don José M. Piérnas i Hurtado. Cervántes es considerado en este libro como escritor que puede darnos a conocer las ideas económicas de su tiempo.

“Si nuestro admirado autor, dice el señor Piérnas, no poseía ni expuso, por consiguiente, verdaderos conocimientos económicos, no pudo ménos de dejar consignado en el *Quijote*, dada la índole de esta obra, su pensar relativamente a la esfera de la economía.

“Siendo lo económico amplia i universal base de lo humano, hubo de salir mil i mil veces al paso de Cervántes, i éste tendrá necesariamente que consignarlo de algun modo, ya para fijar las bases de la fábula, ya para dar verosimilitud a los episodios; al hacer lo primero, nos revelará sus pensamientos económicos, i al practicar lo segundo, nos suministrará datos interesantes, tanto mas estimables, cuanto menor era la atención que entónces se concedía a los de su clase.

“Investigar aquellas *ideas* i reunir estas *noticias*: hé aquí lo que intentamos, sin pretender que Cervántes aparezca como una especialidad en materias económicas, i ántes bien reconociendo previamente que no es ésta la esfera en que con mas ajilidad ni mayor gusto se movía su entendimiento preclaro.”

Estas palabras del señor Piérnas manifiestan que no ha sido su pensamiento presentar a Cervántes como un distinguido economista. Su afición a las obras de este singular jenio no lo ha hecho incurrir en la monomanía de los que quieren hacer ver en Cervántes a un hombre de conocimientos especiales en los ramos mas variados del saber humano, a un hombre profundamente versado en la filosofía, teología, jurisprudencia, medicina, jeografía, marina i demas ciencias que le han atribuido algunos autores llevados de su entusiasmo cervantófilo.

Por lo demas, solo podemos apreciar la obra del señor Piérnas i Hurtado por las pocas líneas que le dedica la *Revista de España*. A juicio del autor de esas líneas, la obra es en extremo notable i abunda en consideraciones interesantísimas sobre las ideas económicas del siglo de Cervántes, dignas de ser estudiadas por el historiador i por el economista.

Las *ideas i noticias económicas del Quijote* componen un volumen, que se vende en Madrid, en la librería de M. Murillo.

JOSÉ FRANCISCO VERGARA DONOSO.



EL HUERFANO.

DRAMA EN UN ACTO, TRADUCIDO LIBREMENTE DEL FRANCÉS,
PARA LA CASA DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.

PERSONAJES.

Pedro, viejo octojenario.
Juanito, huérfano.
Don Luis Rivero.
Cristóbal.

La escena tiene lugar en la cabaña de Pedro.

ACTO UNICO.

El teatro representa el interior de una pobre cabaña.

ESCENA I.

PEDRO, CRISTÓBAL.

CRISTÓB. (*Entrando por el foro.*) ¡Eh! buenos dias, vecino. ¿Cómo está la salud? ¿Se os ha quitado el dolor de cabeza? ¿Habeis dormido bien?

PEDRO. (*Que está sentado junto a un brasero.*) ¡Oh! ya estoi mejor i he pasado una buena noche. Gracias, amigo Cristóbal.

CRISTÓB. I Juanito ¿qué se ha hecho? ¿Dónde ha ido tan temprano? . . . Apostaria que, como un pajarito, vuela a estas horas por el campo.

PEDRO. ¡Juanito! . . . bien se ve que no lo conoceis, vecino. Aunque solo tiene doce años, Juan, ya no es un niño; la desgracia ha hecho de él todo un hombre. ¡Oh! si viéseis como pasa los dias i las noches, prodigándome sus mas asíduos cuidados. . . ¡Bien haya, amigo Cristóbal, bien haya el feliz momento en que la caridad me inspiró la idea de recojer a este pobre niño que acababa de perder a su madre, su único consuelo i refugio en el mundo! Tan cierto es que un beneficio jamas queda sin recompensa.

CRISTÓB. Sí, he sabido que, aunque pobre, viejo i enfermo, os hicísteis cargo de ese niño; pero, nunca he sabido los detalles de esa triste historia.

PEDRO. Pues, tomad asiento i os la referiré. Hará a la fecha, (si no me equivoco, amigo Cristóbal, porque la memoria, la me-

moria;) hará, digo, unos nueve años que, una señora, joven todavía, pero sumamente enferma, vino a habitar la casita que está frente de mi cabaña; Juanito tenía entónces tres años. Nadie sabia quién era ni de dónde venia aquella señora, cuyo único placer era acariciar a su hijo; como que muchas veces la ví llorar la lágrima viva sobre el niño que dormia en su regazo. Un dia . . . ¡ah! Cristóbal, todavía se me aguan los ojos cada vez que me acuerdo de aquel dia. Como de costumbre, fuí a hacerle mi visita a fin de llevarle algunas frioleras ¿Quién lo habia de pensar? La pobre señora estaba tendida, sin conocimiento, i Juanito desesperado gritando:—¡Mamá, mamá; despierta, mamá!—¡Qué habia de despertar, Cristóbal, qué habia de despertar, si estaba muerta!

CRISTÓB. ¡Muerta!

PEDRO. Lo que ois, amigo mio. El pobre Juanito, al ver la inmovilidad de su madre, parece que comprendió su desgracia, pues se abrazó de ella llorando i acariciándola de mil maneras; yo, entónces, lo arranqué de su lado i lo traje a mi cabaña, consolándolo como pude. Al cabo de algunos dias, acompañado del niño, me dirigí al pueblo, a ver si encontraba algunas almas compasivas que me ayudasen a socorrer al desdichado huérfano. ¡Ai! amigo Cristóbal, nadie, nadie se compadeció del infeliz. ¿Qué hacer? Yo era enfermo i tan pobre que, muchas veces, me faltaba hasta un pedazo de pan; pero, no importa, me dije, Dios es bueno i, ya que los hombres nos rechazan El no permitirá que un anciano i un niño, los dos séres que mas necesidad tienen de apoyo, queden sin socorro; i, esto diciendo, adopté a Juanito por hijo mio.

CRISTÓB. Bien decia yo que teníais un corazon de oro.

PEDRO. En medio de la pobreza i de la miseria, nada consuela tanto como la satisfaccion que resulta de haber hecho el bien, amigo Cristóbal.

CRISTÓB. I desde entónces ¿nadie se ha presentado a reclamar el niño?

PEDRO. Nadie.

CRISTÓB. I ¿no habeis conservado alguno de los objetos que pertenecian a la señora i que pueda servir para encontrar la familia del huérfano?

PEDRO. Las pocas cosas que poseia, sirvieron para costear su entierro; solo pude guardar un pequeño cubilete de plata, sobre el cual hai grabadas dos cifras.

CRISTÓB. ¡Un cubilete de plata! Mucho tiempo ha que debíerais haberlo vendido, amigo Pedro. Tantas veces que os he visto faltar hasta de lo mas necesario.

PEDRO. ¿Venderlo? . . . ¡Oh! jamas, jamas. ¿Privar al pobre huérfano de la única herencia, del solo recuerdo que conserva de su madre? . . . ¡Oh! nunca, nunca.

CRISTÓB. Dios bendecirá vuestro buen corazon, Pedro,

PEDRO. Dios me ha bendecido ya, pues Juanito me ama; Dios me ha bendecido, pues en medio de mis sufrimientos i de mi pobreza, El, me ha enviado un ángel que me consuele i me ayude en mis trabajos. ¡Oh! amigo Cristóbal, si viéseis a Juanito cuando llega todos los dias del cerro, trayendo a cuestras su carguita de leña que luego va a vender al pueblo, volviendo en seguida con dos o tres monedas que se apresura a entregarme. . . . ¡Con cuánta alegría no se arroja entónces en mis brazos i, miéntras yo lo lleno de caricias, él me sonríe como los anjelitos del cielo! . . . ¿Quién mas feliz que nosotros, en aquel momento, quién mas feliz, amigo Cristóbal? . . .

ESCENA II.

DICHOS, JUANITO.

JUANITO. (*Que entra corriendo por el foro i se arroja en los brazos de Pedro.*) Padre, padre, ya estoi de vuelta. ¿Estais mejor? . . . ¡Vaya que se me ha hecho larga la mañana! . . . No veia las horas de llegar, pues, sabia que estábais un poco indispuesto.

PEDRO. Ya estoi completamente bueno. Pero, qué cansado vienes, hijo mio; tu frente está bañada de sudor.

JUANITO. Qué quereis, padre ¡si pesaba tanto la leña! Pero, en cambio, la he vendido bien; aquí os traigo dos monedas. (*Se las entrega.*) Ya veis como Dios se compadece de nosotros. ¡Oh! todos los dias, ántes de salir, le suplico tanto i le pido tanto por vos

PEDRO. (*Besándole la frente.*) ¡Hijo mio!

JUANITO. ¡Ah! se me olvidaba deciros que hoi vamos a tener una visita.

CRISTÓB. (*Aparte.*) ¡Precioso niño!

PEDRO. ¡Una visita! I ¿quién puede ser, Juanito?

JUANITO. Es un caballero que he encontrado en el pueblo i con quien he estado conversando largo rato. ¡Qué caballero tan amable i tan bondadoso!

PEDRO. ¿I para qué me quiere ese caballero?

JUANITO. Dice que quiere estrechar la mano de un hombre honrado; dice que quiere conoceros, padre.

PEDRO. ¡Ah! picaruelo, cuando ménos le has ido a contar Pero, Juan, tú bien sabes que te habia prohibido (*Con semblante un poco severo.*)

JUANITO. Os aseguro que nada le he dicho de mi historia; pero, sí, le he hablado de vos, i le he dicho cuanto os amaba; esto último vos no me lo habeis prohibido, padre.

PEDRO. Al contrario, hijo mio, esto me causa una inmensa alegría. Ven, deja que te abrace. (*Lo abraza.*)

CRISTÓB. I yo, vecinito, me alegro de veros tan feliz; i ya que esperais una visita, os dejo con vuestro niño i me vuelvo al lado

de mi Maruca que, sin duda, ya me estará echando de ménos. Adios, Juanito. Hasta luego, amigo Pedro.

PEDRO. Memorias a la Mariquita.

CRISTÓB. Gracias, vecino.

JUANITO. Un abrazo a Manuelito i otro a la Elenita.

CRISTÓB. Gracias, hijito: que lo pases bien; hasta luego. (*Vase Cristóbal por el foro*).

ESCENA III.

PEDRO, JUANITO.

JUANITO. (*Acomodando las sillas i arreglando la cabaña*). Vamos, es preciso sacudir i arreglar un poco estas sillas, miéntras llega el caballero. ¡Oh! padre, si hubieseis visto con cuanto interes me hablaba de vos; despues se paraba, me miraba; yo sentia que me ponía rojo como una guinda; tanto me avergonzaba el largo i prolijo exámen que de mí hacia.

PEDRO. Es que como te veía encendido como una grana; i luego, con esos ojos vivarachos...

JUANITO. (*Mirando hácia el foro*). ¡Ah! padre, aquí está el caballero!

ESCENA IV.

DICHOS, DON LUIS RIVERO.

D. LUIS. (*Entrando por el foro i descubriéndose*). Perdonad, amigo Pedro, si vengo a vuestra casa sin tener el honor de ser conocido de vos.

PEDRO. (*Levantándose i haciendo cortesías*). El honor es todo para mí, señor.

D. LUIS. Juanito os habrá contado como me encontré con él en el pueblo. Habiendo entablado conversacion, quedé sorprendido, os lo confieso, al ver en él tanta modestia unida a la mas exquisita sensibilidad. Pero, lo que mas me sorprendió, fué el amor i el respeto que os profesa; i tanto me habló de vos, que, os lo diré, no pude resistir al deseo de conoceros, i...

PEDRO. Mucho os agradezco, señor, el interes que nos manifestais; aunque, os lo repito, de ningun modo creo merecer el alto honor que me dispensais.

D. LUIS. I ¿es este vuestro único hijo, amigo Pedro?

PEDRO. (*Aparte*). Será preciso volver a contar otra vez... (*A don Luis*). Sí, señor; Juanito es el solo hijo que Dios me ha enviado.

D. LUIS. Razon mas para quererlo.

PEDRO. Como que lo quiero con toda el alma.

D. LUIS. Un anciano i un niño que en el seno de la indijencia

se sostienen mutuamente, contentos con su suerte, sin envidiar nada a nadie... ¡ah! amigo Pedro, qué lección para los ambiciosos i egoístas, a quienes nada satisface i para quienes la misma opulencia es causa talvez de miseria!... ¡Cuánto me gusta saborear esta atmósfera de paz i de inocencia que se respira en esta choza!... Permitidme que me siente un momento.

PEDRO. (*Adelantando una silla de paja*). Perdonad, señor. Poco acostumbrado a las cortesías i atenciones, habia olvidado ofreceros un asiento. La silla no está mui buena que digamos, pero...

D. LUIS. ¡Oh! estoi perfectamente... I ¿cuáles son los medios de subsistencia con que contais, buen Pedro?

PEDRO. Miéntas estuve bueno, trabajaba de peon, ya en una hacienda, ya en otra; pero, despues de mi enfermedad, Juanito es quien atiende a las necesidades de la casa. Todos los dias va al cerro, i con la leña que recoje, puede proporcionarse una o dos pesetas, que bastan para nuestra mantencion. ¡Pobre niño! hartose sacrifica por mí; yo bien quisiera ayudarle, pero ¿qué quereis? viejo i enfermo, apénas si puedo arrastrarme hasta la puerta de esta choza.

JUANITO. ¿Yo sacrificarme por vos?... no digais eso, padre, pues me causais mucha pena.

D. LUIS. ¿Es decir (*A Juanito*) que todos los dias vas al pueblo?

JUANITO. Sí, señor.

D. LUIS. I ¿por qué no has ido nunca a mi casa?

JUANITO. ¿Vuestra casa?

D. LUIS. Sí; una gran casa-quinta que está al lado de la parroquia.

JUANITO. ¡Ah! una que tiene una hermosa verja de fierro, con un hermoso jardin, donde hai un gran perro de Terranova...

D. LUIS. Precisamente.

JUANITO. ¡Ah! pues para otra vez no me olvidaré de ir; aunque el perro...

D. LUIS. No tengas cuidado que es mui manso.

PEDRO. ¿Querriais, señor, tomar parte en nuestro desayuno?

D. LUIS. Con el mayor gusto. No podiais hacerme una propuesta mas de mi agrado. Yo no sé si es el paseo que hice esta mañana, pero, lo cierto es que me siento con un apetito...

PEDRO. A ver, Juan, acerca la mesa. (*A don Luis*). Un poco de leche, mantequilla i pan, con un buen vaso de agua fresca del rio...; allá vereis. (*Pedro i Juanito acomodan una mesita en el medio de la choza. Un mantel limpio, cubiertos, un cántaro con leche, mantequilla, pan, etc. Un frasco con agua i dos vasos, junto con el cubilete de plata que Pedro saca de una alacena*). Acercad vuestra silla, señor, i, sin ceremonias, dignaos hacer los honores a nuestro frugal almuerzo.

D. LUIS. (*Acercándose a la mesa*). Me considero verdaderamente feliz en este instante. (*Mirando a Juanito atentamente*).

Aparte). ¡Siempre esta imájen! nó, no puede ser Dice que es su hijo vamos, esta semejanza que tanto me ha llamado la atención, es quizás puro efecto de la casualidad. (*Pedro i Juanito concluyen de arreglar la mesa*). (*A Juanito*). Siéntate, ahí, hijo mio, frente a mí, a fin de que pueda verte mejor.

PEDRO. I yó, aquí, a vuestro lado.

D. LUIS. (*Preparando una tostada de mantequilla*). Jamas el mas espléndido banquete me proporcionó mas alegría i bienestar.

PEDRO. (*Riendo*). ¡Oh! señor, nos lisonjeais demasiado.

D. LUIS. Os aseguro que digo la verdad. ¡Oh! vosotros, sencillos habitantes de los campos, no sabeis todo lo que pasa en el mundo, en eso que llaman sociedad; vosotros ignorais que los placeres que ahí se gustan, casi siempre dejan en el corazon pesares i amarguras, sino remordimientos; la ostentacion i no la amistad es la que invita a sus festines i la hipocresía i la adulacion la que en ellos preside; aquí, al ménos, en torno de esta rústica mesa, solo se albergan la fraqueza i la bondad.

PEDRO. En cuanto a eso, teneis mil veces razon.

D. LUIS. Pero ¡qué lujo brilla en esta mesa!

PEDRO. ¿Cómo, así?

D. LUIS. I ¿este cubilete de plata? porque es de plata, si no me equivoco. (*Lo toma*.)

PEDRO. (*Aparte*.) ¡Bestia de mí! no habia pensado; héteme aquí que de nuevo tendré que contar la historia

JUANITO. (*Aparte*.) Me alegro; ahora quiera que no quiera, tendrá que hablar de mi buena madre.

D. LUIS. (*En la mayor turbacion*.) ¿De dónde habeis sacado este cubilete? ¡Oh! por piedad, no me engañeis; hablad con franqueza.

JUANITO. I bien, ese cubilete es mio; es la única herencia que me dejó mi madre.

D. LUIS. (*Levantándose*.) ¡Tu madre! ¿la mujer de ese anciano?

PEDRO. Si no es mi hijo.

D. LUIS. ¿Qué dice? ¡No es su hijo! (*Dejándose caer en un banco*.) ¡Oh, Dios, esto no puede ménos de ser cierto, porque una nueva esperanza desvanecida, me causaria la muerte ¡He sufrido tanto!

PEDRO. (*Aparte*.) ¿Qué significará todo esto?

JUANITO. (*Aparte*.) Yo no sé lo que pasa por mí.

D. LUIS. (*A Pedro*.) Así, buen Pedro, Juan no es vuestro hijo, i él ha recibido este cubilete de su madre, de su madre que ya no existe

JUANITO. Solo tenia tres años, señor, cuando Dios me la quitó; i sin la bondad i la caridad de mi padre que está aquí, quien sabe que habria sido de mí, pobre i desdichado huérfano.

D. LUIS. Gracias, Dios mio, gracias; al fin te has compadecido

de mis lágrimas i de mis incesantes súplicas. Juan, ven a mis brazos; deja que te estreche contra mi corazón: ¡tú eres mi hijo!

JUANITO. ¡Yo!

PEDRO. ¡Oh, santa Providencia!

D. LUIS. (*Abrazando i besando a Juanito.*) Sí ¡tú eres mi hijo! ¡Yo soi tu padre, tu dichoso padre!

PEDRO. (*Enjugándose las lágrimas.*) Yo lloro de alegría.

JUANITO. ¡Padre mio! El corazón me lo anunciaba; ¡os amaba tanto ya! ¡Oh! ¡qué feliz soi, qué feliz soi!

D. LUIS. Asuntos que sería largo explicar, me obligaron a partir para el extranjero, dejando una esposa dulce, virtuosa i tímida; mi esposa, que acababa de darme un hijo i que dejé al cargo de un pariente que la recibió en su casa. Este pariente, el único que poseía, era indigno de la confianza que en él depositaba. No hubo crueldades e ignominias que no hiciese sufrir a su sobrina; i todo esto, buen Pedro, con el fin de apropiarse una fuerte suma que yo le confiara para atender a la subsistencia de los seres que yo amaba. Interceptada nuestra correspondencia por este desgraciado, se atrevió a inventar una falsa partida de entierro, para persuadir a mi esposa que yo habia muerto, i obligarla a salir de su casa i que buscara un asilo en otra parte. Arreglados ya mis negocios, pude regresar a mi patria i volver a la ciudad donde habia dejado los únicos seres que yo amaba i poseía en el mundo.

PEDRO. Pero ¿qué sucedió despues?

D. LUIS. ¡Ah, buen Pedro! yo volvía rico, pero, la felicidad me habia abandonado. Ese pariente tan cruel i tan culpable habia muerto; mi mujer i mi hijo ¡ai! todos ignoraban su paradero. Supe los muchos sufrimientos que habia tenido que sobrellevar mi angelical esposa, pero, nadie supo decirme donde se encontraba. Juzgad de mi dolor Hace seis años la busco por todas partes; hace seis años lloro a mi esposa, lloro a mi hijo Al verte, Juanito mio, una voz secreta me decía: ese es tu hijo. (*A Pedro.*) Dios os bendiga mil veces, hombre jeneroso. Vos me habeis conservado a mi hijo; vos habeis educado al pobre huérfano; vos habeis visto morir a mi Ernestina

PEDRO. Yo soi tan feliz como vos. I es, sin embargo, ese cubilete

D. LUIS. Mi nombre i el de mi esposa están grabados en él. Mirad:—“Luis Rivero; Ernestina Perez.”—¡Bendito sea Dios que se vale, muchas veces, de los medios mas sencillos, para derramar sobre sus creaturas sus beneficios i manifestarnos su bondad! (*A Pedro.*) Cerrad esta cabaña, abandonadla para siempre; no mas trabajos ni necesidades; no mas miseria. Mi casa será vuestra casa; mi hijo será vuestro hijo.

JUANITO. ¡Qué dulce felicidad!

D. LUIS. Partamos.

PEDRO. Pero ¡si esto es para volverse loco de alegría! ¿No veis como lloro? i, ahora ¿no veis como rio? Bien decía

yo esta mañana, a mi amigo Cristóbal: “Si Dios no se olvida del bien que hacemos a un pobre ¿con cuánta mas razon pagará el bien que se hace a un huerfanito solo i desamparado?”

CAE EL TELON.

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

RECUERDOS.

(A MI QUERIDO AMIGO JORJE ROJAS PRADEL.)

¡Cómo pasan los años, Jorje amigo
De dicha i de candor!
¡Cómo viene con rápida carrera
El tiempo del dolor!

¡Cuán fugaces los dias se pasaron
En que juntos los dos
Llena de paz i de esperanza el alma
Rogábamos a Dios!

Era tierna, era dulce la plegaria,
Sin hiel ni sinsabor,
Pues reflejaba de dos almas niñas
El nocente amor.

Juntos buscamos en la misma escuela
La ciencia i la virtud.
¿Recuerdas nuestros sueños de ventura
De bella juventud?

¡Cuántos sueños de gloria! pobres sueño
Que el alma se forjó;
Sueños, quimeras, triste desvario
Que el tiempo se llevó.

Ansiosos, anhelantes, el futuro
Quisimos descubrir,
Cual si al pobre mortal le fuera dado
Leer el porvenir.

Nuestras almas entónces juveniles
No sabian mentir;
No sabian que el mundo solo busca
Hipócrita finjir.

.....

Pasa la infancia. . . . i un latido extraño
El corazon sintió:
¡Amamos! fué el principio de una historia
Que el alma nos robó.

En esa historia de pasion, de duelo,
No es dado penetrar;
Solo sé que de entónces nuestras almas
Solo saben llorar.

Despues te separaste: nunca olvido
Nuestro postrer adios;
Acá, en mi corazon, puro conservo
El eco de tu voz.

¿Pasas, amigo, en veleidoso jiro
De pasion en pasion?
Quien tiene corazon, una vez ama,
Tú. . . . tienes corazon.

Tus cartas me lo dicen; solo adoras
Las prendas del hogar;
Serás feliz porque ese amor divino
No sabe traicionar.

¡Quién pudiera de nuevo de una dicha
Que el tiempo consumió
Juntos gozar en alas del recuerdo
Que el corazon guardó!

Miéntras llega ese dia venturoso
Al amigo de ayer
No olvides, porque a él están unidos
Tus dias de placer.

¡Ah! recuerda esa página de vida
Que guarda el corazon
Como un reflejo de la dulce aurora
Que alumbra la razon.

Recuerda nuestros juegos infantiles,
Nuestra perdida paz
I no olvides jamas, Jorje querido,
Mi sincera amistad.

Chillan, marzo de 1875.

CAMILO MUNITA GORMAZ.